

Sigue la descripción de ésta que consta de ocho planchuelas de plata recubiertas de oro. Cada una de ellas está coronada por un castillo estilizado con una torre central y dos laterales, exponente de un trabajo evidentemente gótico. Cada planchuela ostenta en su centro, rodeada de un fino trabajo de engarce, una valiosa joya; son cuatro zafiros grandes y cuatro camafeos evidentemente antiguos, de gran belleza y que probablemente datan de la época del Imperio Romano. Hüffner llama la atención sobre el número de ocho planchuelas y lo relaciona con el valor simbólico de la vida sin fin que tenía este número en la Edad Media.

Concluye Hüffner su informe dando cuenta de los problemas históricos a que dió origen el descubrimiento de la corona y plantea rápidamente las posibles soluciones de los mismos, pero las supedita a las conclusiones definitivas, a las que se podrá llegar solamente a través de estudios detenidos.

Los problemas son principalmente dos: 1) ¿Qué se sabe acerca de la corona y de dónde procede? Por ostentar solamente las insignias de Castilla, Hüffner supone que la corona fue construída en el período anterior a la reunión de Castilla y León. Por otra parte, el hecho de que el gran valor de los zafiros y camafeos contrasta con el resto de los materiales empleados, parecerían que aquéllos hayan pertenecido a otras joyas del tesoro real, pues en la época de la construcción de la corona, fines del siglo XII o principios del siglo XIII, hubiese resultado muy difícil reunir una colección tan valiosa. Ahora bien, recuerda Hüffner que en 1066 la ciudad de Tours vendió a Alfonso III una corona incrustada de camafeos, y menciona la posibilidad de este origen remoto de los camafeos de la corona de Sancho IV.

2) ¿Cómo es posible que esta corona venerable, tanto por su edad como por ser símbolo de realeza castellana, sea colocada en la tumba de Sancho IV y allí permanezca durante seis siglos y medio? Este problema lo explica Hüffner, recordando las luchas de sucesión que se produjeron a la muerte de Sancho IV y supone que la infanta María de Molina, esposa del rey difunto, colocó la corona en la tumba de su marido, para que se conservara allí para sus hijos y no cayera en manos de alguno de los pretendientes al trono. Que más adelante, impuesto el hijo de Sancho IV, Fernando IV, la corona no fuera rescatada, se explicaría por las continuas luchas que se sucedieron en el país.

NELLY EGGER.

FERRÁN SOLDEVILA, *Pere el Gran*. Primera Part: L'Infant. Volum I, Barcelona, 1950, xvi-142 págs., volum II, Barcelona, 1952, págs. 143-286 en numeración corrida con el tomo anterior (Institut d'estudis catalans. Memòries de la secció històrico-arqueològica. Vols. XI y XIII).

El interés de la figura de Pedro III de Aragón lo señala muy justamente Ferrán Soldevila en el prólogo a su docto trabajo: « mercès a la seva política

i a les seves gestes... reprèn la nostra història... volada europea ». Sólo que esa política y esas gestas abarcan, precisamente, los años aún no comprendidos en estos volúmenes tan densos de datos. Lo que en ellos se encuentra es, ante todo, el fundamento — excepcionalmente sólido — de una biografía de Pedro el Grande en lo que esa figura tiene de interesante para la historia universal; en ellos se rastrea la silenciosa preparación de un cambio capital en la orientación de la política exterior aragonesa, de la expansión hacia el Mediterráneo y Sicilia que es, precisamente, la obra de Pedro III. Para determinar con más precisión ese oscuro proceso no ha ahorrado Soldevila fatigas eruditas. Pero en Pedro III no le ha interesado tan sólo el iniciador de una nueva línea de expansión; quiere iluminar a su personaje, como se dice, por todas partes... ¿Lo logra? Por lo menos se esfuerza, con obstinación casi heroica, en hacer hablar a los documentos, secos y concisos, con que cuenta; entre esos documentos deposita sus esperanzas mayores en los libros de gastos de la casa del infante. Y ellos y muchos otros tomados aquí a contribución permiten a Soldevila satisfacer sus vastas y variadas curiosidades de estudioso. Sólo que a veces la curiosidad del lector se resistirá a seguir a la del autor (¿es tan imprescindible saber dónde fue concebido don Pedro, ¿o — en ese plano de historia biográfica en que se sitúa el libro — establecer si las truchas que comía en Huesca la reina Constanza eran o no de viveros?). He aquí algunos peligros — acaso inevitables — de la biografía como forma historiográfica, sobre todo cuando ese estudio de una vida no se resuelve en el planteo de un problema, en el examen de un proceso. Si un historiador tan avezado, tan perspicaz como Soldevila ha sucumbido alguna vez ante estas acechanzas es en parte por lo que ya se ha indicado, porque estos dos volúmenes no son todavía sino los cimientos de una obra más vasta, y si a través de ellos se puede adivinar la grandiosidad del designio, no revelan aún su unidad ni su sentido. La consecuencia inevitable es que el interés del autor, siempre tan despierto y tan alerta, aparecerá alguna vez excesivamente disperso. Esto es — se ha dicho ya — inevitable, y sería necedad hacer de la observación un reproche. Pero otras veces parece como si el autor introdujese esos detalles de vida cotidiana para descansar al lector, supuestamente fatigado por la ceñida narración del proceso político. Y el lector, que no está de ningún modo fatigado, quisiera volver a encontrar pronto al mejor Soldevila, el que no se preocupa de lo que puede entretener a sus lectores y enfrenta los problemas que le interesan de veras.

Es decir que, pese a la complejidad de los temas evocados en el relato, su núcleo sigue siendo político — diplomático. Dos procesos son seguidos paralelamente: el ascenso de la figura de Pedro dentro de la monarquía aragonesa; las vicisitudes de la política aragonesa en la cuenca mediterránea.

Según Soldevila — que ha llegado a esta conclusión a través de un preciso estudio de fuentes — el infante Pedro nació en Valencia, en julio-agosto de 1240. Ya en su infancia, los sucesivos testamentos de su padre, Jaime el

Conquistador, van dándole papel cada vez creciente entre los futuros herederos del reino. Frente a Pedro se alzan como posibles rivales los infantes Alfonso, nacido del anterior matrimonio del Conquistador con Leonor de Castilla, y Jaime, hijo, como Pedro, de Violante de Hungría, nacido en 1243. En 1241 el rey dejaba a Alfonso Aragón y Cataluña, a Violante lo que restaba de los dominios del Midi francés, a Pedro Valencia y las Baleares. El nacimiento de Jaime da origen a una nueva distribución, y en 1244 Pedro recibe, por donación, Cataluña. En 1248 hay un nuevo testamento: a Alfonso toca Aragón, a Pedro Cataluña y Baleares, a Fernando, un nuevo hijo del rey y Violante de Hungría, los dominios del Midi. La muerte de la reina Violante, en 1251, provoca una nueva repartición, en la que Alfonso recibe Aragón y Valencia, Pedro Cataluña, Jaime Baleares y el Midi (Fernando había muerto ya). Pedro es ahora el perdidoso, pero la muerte de Alfonso, en 1260, hace necesaria una nueva repartición de los estados aragoneses: Pedro recibe Aragón; Jaime Valencia. El primero protesta secretamente ante notario contra la resolución paterna, que por otra parte es revocada en 1252: Valencia pasa al lote hereditario de Pedro, y a Jaime quedan tan sólo Baleares y el Midi.

Entre tanto Pedro (que desde 1454 es procurador general de Cataluña) ha comenzado a actuar en la gran política europea: en 1262 casa con Constanza de Sicilia, hija de Manfredo de Hohenstaufen, el rey colocado bajo interdicto por la Santa Sede. ¿Ese casamiento podía no tener consecuencias políticas? Así lo había asegurado el rey Jaime a Luis IX de Francia: en el casamiento con la hija de Manfredo no debía verse ningún gesto de hostilidad hacia el Papa, al cual Aragón mantiene su tradicional acatamiento. Ve aquí Soldevila, muy justamente, una consecuencia del respeto religioso de Jaime por la sede apostólica (respeto que — sugiere muy discretamente — era acaso excesivo). Acaso no fuera ilícito ver, además de eso, un corolario de la debilidad de Aragón frente a Francia, nacida de la derrota de Muret y reconocida más tarde en el tratado de Corbeil. La misma prudencia mantuvo Jaime frente a los conflictos transpirenaicos, que a un soberano más impulsivo hubiesen parecido otras tantas oportunidades para una intervención aragonesa en el Midi (nos referimos a los que tuvieron por centro a Provenza y Tolosa, aquí seguidos con la atención que merecen). En Provenza es el infante Jaime quien otorga un auxilio escaso y reticente a los nobles sublevados contra el nuevo conde Carlos de Anjou, que cuenta con el apoyo de su hermano el rey de Francia. En Tolosa la participación no pasa del mero deseo, no llevado a los hechos por negativa del Rey Conquistador a autorizar una aventura transpirenaica. Así, en todo el Midi, la autoridad del rey de Francia se extiende y se consolida, y con ello se va cerrando — ya para siempre — un territorio antes abierto a la expansión aragonesa. Gracias al Conquistador otro campo se había abierto a ella, en la Península misma. Pero con la rápida conquista de Valencia la corona de Aragón había realizado de un solo golpe sus máxi-

mas posibilidades también en ese terreno. Sin duda la conquista de Murcia — tan excelentemente historizada aquí — documentó el valor militar de Pedro, sin duda consolidó la amistad castellana, tan necesaria apenas Aragón emprendiese una actividad de largo alcance en ultramar, pero no se tradujo en un nuevo avance de las fronteras del reino. La crisis navarra, crisis dinástica en que se insertaron los influjos contrastantes de Francia, Aragón y Castilla, magistralmente seguida aquí en sus complicados vericuetos, tampoco dio los frutos apetecidos.

Pero en cambio surgen en el horizonte Sicilia e Italia; en toda la península encuentra eco el conflicto entre Manfredo, representante del ya menoscabado linaje imperial, y el papa. Y también fuera de Italia se refleja esa lucha. Para suceder a Manfredo, el Pontífice llama a Carlos de Anjou, el viejo rival de la casa de Aragón, ante el cual Jaime el Conquistador había preferido ahorrar una batalla. Las tentativas de los Hohenstaufen no cesan: Corradino y Enzo intentan aventurosamente la reconquista de los perdidos dominios de su casa. Son derrotados, y Carlos de Anjou se muestra despiadado en la represión. El infante Pedro no permanece tan ajeno como se había supuesto a todas esas vicisitudes: los documentos aquí utilizados permiten a Soldevila demostrar cómo Contanza tomó — probablemente a consecuencia de la muerte de su padre — el título de reina, por lo menos en las cuentas de sus gastos. Y mostrará también a los emisarios de los Staufen en la corte del infante, y a su séquito lleno de refugiados gibelinos de toda Italia. Pero las trágicas muertes de los últimos Staufen abren el camino a la acción de Pedro que será, en beneficio propio, vengador de la dinastía cruelmente destruida. A último momento fracasa una tentativa del Papa, deseoso de ganar la adhesión de Aragón a la nueva situación vigente en Nápoles y Sicilia, mediante el enlace de Carlos de Anjou (cuya esposa había muerto) y la infanta María, hermana de Pedro. La muerte de la infanta desbarata el plan, que acaso no hubiera sido desaprobado por Jaime el Conquistador. El camino queda así expedito y preparado para las hazañas militares y ante todo políticas que hicieron la grandeza de Pedro III y la importancia de su reinado dentro de la historia aragonesa. La historia de ese breve período lleno de brillantes sorpresas nadie podrá, sin duda, trazarla mejor que el sabio historiador catalán a cuya paciente, segura erudición debemos estos dos sólidos volúmenes sobre los primeros y más oscuros años de la vida de Pedro el Grande.

TULIO HALPERIN DONGHI.

LUÍS FILIPE LINDLEY CINTRA, *Crónica Geral de Espanha de 1344*, Edição crítica do texto português, Volume I, Lisboa, 1951. En *Fontes narrativas da História Portuguesa*, N° 2, Vol. I, publicadas por la Academia Portuguesa de História.

En su discurso sobre la *Crónica General de España que mandó componer Alfonso el Sabio*, leído en la Academia Española de la Historia en 1916, con